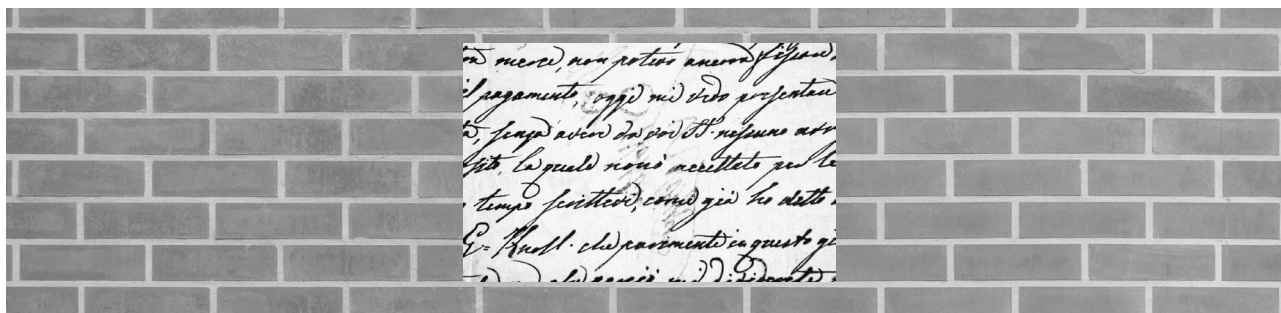


CARTA A UN(A) ESTUDIANTE DE LICENCIATURA

**Alex Silgado Ramos**

*Docente de planta de la Universidad del Tolima-
IDEAD*

Esperé a que se apagara el ruido de las horas, y luego de una noche y un sueño profundo, quise buscar el lugar de la calma en la madrugada, cuando todo renace en el canto de los pájaros, y así encontrar una palabra reposada con que decirte algo. No quería la prisa de la clase en la que a veces la palabra vital se resiste. Si mal no recuerdo, era mi abuelo quien decía que el ruido y la prisa solo traían cansancio y que de ello nada bueno quedaba, solo más cansancio, hastío. Por eso esperé este momento, tú no mereces una palabra cansada, ni agotada, ni agobiada.

Esta mañana quisiera compartirte unas palabras que he venido cultivando en ese intento por responderte a lo que hace días me preguntaste. ¿Lo recuerdas?; luego de una agitada clase, mientras empacaba en mi bolso los libros y materiales que había traído, te acercaste y me preguntaste, quizá con cierto temor, sobre cómo me había hecho maestro y si valía la pena seguir siéndolo en este tiempo... Sinceramente, no es que tenga algo claro para decirte; creo que la vida no tiene la forma de un proyecto con objetivos y metodologías predefinidas para llegar a un punto que se supone como meta; más bien la vida es lo que no se deja atrapar ni prefigurar pese a nuestros objetivos; y como bien me has escuchado decir muchas veces, la vida es eso que nos sucede mientras intentamos dominar nuestras contingencias, pero que se resiste a ser

encasillada pues solo podemos hablar de ella a través del testimonio que nos dejó la experiencia de lo vivido. Pues bien, creo que es eso, solo eso; en estas cortas líneas solo te podré dar algunos testimonios de lo que mi memoria ha salvado de esos extraños días en que me ido convirtiendo en uno de esos Alex que soy, y quizá uno de los que más me agrada, el que se reconoce como maestro. Eso no fue algo que proyecté en mi vida, sencillamente fue sucediendo. Todo esto es como una metamorfosis, cuando de repente de descubres convertido en otro: “Nosotros los de entonces ya no somos los mismos”, dirá Neruda.

Te cuento, la primera memoria que tengo de un maestro se remonta a mis cinco años. Me veo allí en la Escuela Mixta La Cruz, en el salón circular sin paredes en el que nos sentábamos a cantar al compás de la encantadora voz de la profe Nelsy: “*Café con leche me quiero casar, con una señorita de la capital...*”; y recuerdo que por ese tiempo me dije que cuando fuera grande quería que esa ‘*señorita de la capital*’ fuera la profe Nelsy... No sé qué tanto tenga que ver ese recuerdo con el que hoy sea maestro, pero siento que algo bello de mi maestra de Kinder se mantiene en la noble idea que tengo de ese oficio: era su notable presencia, era su magia, era su entrega, era su gesto.

Otra imagen que me aborda, es una que heredé de mi madre; ella me contó que de los múltiples oficios que encarnó mi padre, el ser maestro en la escuela del pueblo donde ella nació, fue uno de ellos. Ella lo describe como alguien comprometido con su labor; muy diligente y

bastante exigente con su tarea. Según cuenta, mi papá no había estudiado una licenciatura, sino que era un normalista aventajado, así que eso le permitió ejercer el magisterio desde muy joven. Ella lo conoció como maestro del pueblo, dice que era muy simpático, lo que la llevó perderse en su mirada que siempre describe como entre ausente y pícara, y más tarde a casarse con el joven maestro de escuela. Con el tiempo, la presión de los hijos, lo llevó a ejercer otros oficios, pues para nadie es un secreto que por aquellos tiempos era muy difícil mantener una familia con un sueldo de docente que siempre llegaba retrasado. Cada vez que esta imagen se aposenta en mi memoria, me pregunto cuánto de ese joven maestro de escuela transita entre mis prácticas.

Una tercera imagen, tiene que ver con mi hermano mayor, Donald, quien heredó el nombre de mi padre. Mi hermano tuvo el privilegio de estudiar en una Normal y, al igual que mi papá, alcanzar el título de normalista superior; pero más allá de las prácticas pedagógicas llevadas a cabo en sus años escolares, jamás ejerció como docente. Recuerdo que todas las tardes en el patio de la casa de mis abuelos colgaba un inmenso tablero viejo en alguno de los árboles; entonces se reunía con sus compañeros de curso a preparar las clases de prácticas. En algunas de esas tardes, los más pequeños de la casa, mi otro hermano, un primo y yo les servíamos como estudiantes para sus ejercicios de clases. En muchos de esos momentos quise ser mi hermano, imitarlo en sus formas y gestos. Me decía para mis adentros que cuando fuera grande quería estudiar en una Normal, quería también hacerme maestro como él. Quizá ese deseo que se mantuvo oculto y olvidado por muchos años, permanecía latente entre mis venas para un remoto día aflorar en todo su esplendor. Quizá el hacerte maestro no sea más que el deseo de encarnar o querer imitar aquel vivo gesto de alguien que entrega sin más una enseñanza, de alguien que se da al donarte un aprendizaje que se hace vida.

Son tantas imágenes las que se me advienen; por eso te digo, que si es verdad que la vida es

un relato que aprendemos a tejer y a contar con los relatos de los otros; pudiera decirte que algo de todas esas imágenes se han ido articulando al relato que voy siendo, en esta historia en la que me narro como maestro. Narración que está llena de encuentros, pero también de desencuentros. Te digo esto, porque el ser maestro es formarse también para el fracaso, pues de eso está lleno el camino. No lo digo para que te asustes, sino para señalarte que son esos fracasos los que me han sacado a flote en los momentos en que se pierde el sentido de la historia que decidimos tejer cuando aceptamos que ser maestros es un noble gesto ante los otros.

Te confieso algo. Yo no escogí ser maestro. Creo que ese oficio me escogió a mí. Y sé que esto te sonará romántico. El asunto es que yo sigo creyendo que el ser maestro tiene que ver con esa bella palabra, ahora en desuso: vocación. Vocación es tanto como un llamado. Llamado de quién; pues de una acción que te invita a encarnarla. Y ese llamado se da en un momento en que tus oídos se agudizan, es decir, están reposados, hechos para la escucha. A mí esto me sucedió un día, varios meses después de haber terminado mi licenciatura. Sí, antes de ser maestro hice una profesión, es decir, me hice licenciado o profesor, pero no tenía oficio; no oficiaba nada. Uno pudiera decir, muchos tienen profesión y no oficio, esto es, están capacitados para ejercer una actividad (son competentes, se dice hoy), pero no han escuchado el llamado. Fue así como me fui haciendo consciente del tejido del relato. Unos meses luego de concluir entre afugias y resistencias la Licenciatura, me fui a Bogotá con la esperanza que todo muchacho de provincia guarda de la capital. Afortunadamente a la segunda semana conseguí trabajo como profesor de un colegio de Ciudad Bolívar, y creo que esos primeros seis meses, solo fue eso, un trabajo, algo que costaba en demasía, pero con algo debía ganarme la vida. El llamado lo sentí un día en que un estudiante se acercó a mí y un poco desecho por asuntos familiares, demandó de mí no solo un saber indiferente sino un gesto de acogida, una palabra que lo aguardara. Entonces

poco a poco fui comprendiendo que ser maestro es un bello gesto. Quizá uno de los más bellos. Un gesto poético. Nace del don. El maestro es un don-ador; ese es su más humilde gesto. Él dona palabras, visiones de mundo, sentidos de vida. Pero no cualquier palabra; es una palabra poética, hospitalaria, es decir, una palabra que acoge al otro, que a la vez lo crea y re-crea, que lo potencia; que lo invita a ser él sin que medie ninguna deuda.

Hoy también te confieso que me agrada ser maestro, porque lo veo como un espacio para reflexionar acompañado, para recrear mundos posibles. Lo veo más como un espacio artístico que académico; un espacio para la creación colectiva: muchas de las cosas que suceden en ese espacio no tienen por qué tener un fin pragmático y resolver problemas concretos de la realidad; pero si pueden darnos elementos para soportar la existencia. Así, en este espacio de don-acción solo pretendo soñar las posibilidades, creer que hay otras maneras, otros caminos, así la realidad insistentemente nos diga lo contrario. Un espacio artístico de creación colectiva en el que se puede intentar un lenguaje de lo posible, un gesto poético.

Creo que me he extendido mucho, creo que habrá otros momentos para seguir la conversación y te podré contar más cosas al respecto de este relato que estoy siendo; esta historia que a pesar de sus defectos ha intentado recuperar lo mejor de esas otras historias de los buenos maestros que un día me donaron su gesto y su palabra. Ahora quisiera dejarte con un fragmento que encontré en uno de mis diarios:

... ..

“Yo estoy aquí porque no tuve de otras. Yo quería estudiar otra cosa...”. Esa es la voz, casi generalizada, de muchos de los estudiantes que habitan las licenciaturas. La mayoría de ellos no se proyecta como maestros. En este mundo tecnificado y tecnologizado son otros los discursos que seducen, no el del cuidado del otro. En estos tiempos hay un agotamiento del

compromiso y la responsabilidad, y un oficio que tiene como fundamento eso, en el mundo de la competencia y la profesionalización del mercado, no es muy apetecida.

Esto marca un derrotero: muchos de los que llegan y continúan sus estudios están a presión, están sin querer estar, no se identifican y desde allí es poco probable que se logre articular un proyecto de vida que en verdad proyecte Vida. Pero aún más, muchos de los que están van a “asumir” una responsabilidad que no quieren o con la que no se identifican, y allí se prevén consecuencias no muy afables. Y si los que están, y van a ser, no están porque quieren, porque les apasiona, entonces, lo más inquietante: el compromiso que exige el oficio estará desdibujado... desencantado... Nadie le cantará al otro con pasión la pasión de la vida y del mundo... (el olvido de la trasmisión del tejido de la cultura).

¿Qué sucede cuando el que va a oficiar un compromiso no se siente identificado con él.... No lo vincula la pasión sino la resignación?

Ese no querer ser parte de, ese no querer estar, a veces se revierte en Pobreza. Pobreza en múltiples sentidos; y si la transmisión se trata de heredar a los otros un rico tejido simbólico, nuestros Pobres, porque no se sienten comprometidos, porque no están apasionados, porque no se proyectan, lo que van a heredar es más pobreza. La pobreza simbólica y espiritual es el terreno propicio para cultivar la alienación.

Sólo trato de hacer comprensible uno de los posibles argumentos para pensar en el desdibujamiento, en estos tiempos, del compromiso de oficiar como maestro.

... ..

Gracias por regalarme tu gesto.

Un abrazo,

Alex